

## UN INCIDENTE,

### ACERCA DE LA CUESTION DE LA SECTA ANTICRISTIANA.

La brève carta, que insertamos á continuación, merece respuesta, porque pudiera muy bien acontecer, que detrás de la honorabilísima persona, que la firma, se encontrará un grupo considerable de lectores, que estuviesen en perfecto acuerdo con ella. Esta persona, tan respetable, es, en nuestro concepto, demasiado tímida, por cuyo motivo nos permitimos, que suprimamos su nombre. El exceso de miedo, no es, por cierto, un título honorífico para presentarse con él en público. La misma ley de conveniencia, pues, que nos obliga á no relegar al olvido esta carta, nos invita á callar el nombre de su autor.

Caballero,

«¿No os habeis empeñado con alguna ligereza, en la polémica que sostenéis con la *Civiltà Cattolica*, sobre la cuestion de la secta anticristiana? Os hallais en presencia, no solo de rudos y sabios escritores polémicos, sino de toda una órden, que cuenta en su seno varones muy eruditos, y que pueden, en caso de necesidad, acudir en auxilio de sus cofrades con todos los recursos de su sabiduría. Vos estais solo; y los deberes que os imponen vuestra calidad de director de un periódico, que todos los dias ve la luz pública, por fuerza ha de distraeros de la cuestion, que nos habeis prometido tratar con toda extension. ¿Cómo esperais vencer? Y, por otra parte, ¿en provecho de quien redundará la victoria? Entre la *Civiltà Cattolica*, y vos, no hay diferencia alguna de objeto: la docta Revista, lo mismo

que el simpático *Journal de Florence*, se han ofrecido á combatir la Masonería. ¿Qué importa, que date el origen de la secta del año 1720, ó del año 1607, segun la última version de la *Civiltà Cattolica*; ó que se remonten hasta Cain, como sostenéis vos? Lo esencial, en nuestros dias, es, combatirla y vencerla, sea cual fuere la fecha de su nacimiento; no veo que, para alcanzar este objeto, sea necesario que los dos más valerosos campeones, que combaten la secta, pierdan el tiempo en vanas disputas.»

En verdad, á esta carta, llena de buen sentido, no acertaria yo á responder, examinando la cuestion á la luz de la sabiduría humana. ¿Cómo no calificar de locura, si, por mi parte, imaginára siquiera, atacar á mis maestros más ilustres, á mis más queridos amigos, por el solo gusto de ofrecer en una sala de armas, la destreza en esgrimirlos?—sala, donde es probable se rieran todos los circunstantes de mi necedad.—Mas, tranquilizese nuestro amigo; pues que, nada de eso acontecerá en el caso en cuestion.

No hallándome, Dios mediante, en el campo de los enemigos de la Iglesia, nada debo temer de la *Civiltà Cattolica*: debiera temer, si, renunciara á la causa de la verdad, por que precisamente la docta Revista es la que me ha enseñado, á no desertar nunca de esta santa causa. Si lucho, hasta contra mis maestros, desde que creo encontrarme en la verdad, á si mismos deben imputárselo, y á las nobles lecciones que me han dado.

Yo espero, con la ayuda de Dios conseguir el triunfo de la verdad: este triunfo me

tiene despierto el corazon; y para obtenerlo, lo mejor es, siempre, prescindir algo de los cálculos de la sabiduría humana, é ir derecho al objeto, abandonándose á Dios, origen de toda verdad. «Lo esencial, como dice muy bien la carta que acabamos de leer, es combatir la secta;» cierto, que para este combate, no es necesario, que los dos principales campeones aliados, disputen entre sí; pero es de todo punto necesario, que se armen de la verdad.

Pero, la verdad, ¿dónde está? Hé aqui lo que importa conocer. La cuestion del origen de la Masonería, dista mucho de ser una cuestion ociosa, creada para recreo de los eruditos: sin colocar el origen de la secta en donde Dios lo ha señalado, no se conoce el objeto á que ella tiende; y sin conocer su tendencia, no podriamos comprender la obra de destruccion, que ya llevando á cabo, ni podriamos nunca darnos cuenta de los medios que emplea para llegar á la dominacion del mundo. Nosotros mismos nos condenariamos á una ceguera voluntaria, que nos haria forzosamente marchar de contradiccion en contradiccion.

En ninguna otra cuestion de las que atañen á la salvacion eterna, el católico está más expuesto á extraviarse, como en la que nos ocupa; pues, con frecuencia, dándose libre curso á las opiniones más opuestas, la secta está sucesivamente representada, como poderosa é impotente, como formidabile y ridícula, como perdidá é inocente; y cada una de esas afirmaciones tiene quiénes la sostienen y apoyan sobre algo, que es verdadero. En efecto, en todo hay algo de verdad, y algo de falso; pero la verdad absoluta no se concilia con la contradiccion: esta verdad absoluta, es la que debemos buscar.

La Iglesia es la única que nunca se engaña: inspirada de lo alto, ha condenado la Masonería, y declarado, que veía en el fondo de sus misterios la mano de Satanás. ¿Por que los historiadores no se han aprovechado de las indicaciones de la Iglesia, para descubrir lo que inspira Satanás en las Logias, y rasgando el velo, con que se cubre la secta, presentarla tal como es en realidad á los ojos de todos? Porque se han encerrado en la tesis, en que la *Civiltà Cattolica* todavía se mantiene. Ellos van diciendo, que do quiera se abre el mal, es por sugestion del infierno; y partiendo de este principio, confunden la secta anticristiana con todas las de-

777  
más sectas, que han ensangrentado el mundo, agolado los espiritus y perdido las almas.

Esta confusion fatal, que nos condena desde largo tiempo á luchar á ciegas con enemigos, que no queremos conocer, y cuyas invasiones no hemos sabido ni una sola vez contener, no debe, por cierto, atribuirse á la Iglesia: el Espíritu Santo, que habla por su boca, ha dado á las condenaciones de los Papas y de los Concilios, contra la secta anticristiana un carácter del todo especial. La Iglesia ha tenido siempre fijos los ojos en esta Sinagoga de Satanás, que nos obstinamos en no ver, mientras ella, á nuestra vista, lleva á cabo su obra de destruccion. Los anatemas, que los Papas han lanzado contra los Maniqueos, contra sus predecesores y sus sucesores, están redactadas de un modo que bastaria, si se los estudiase con atencion, para distinguir la secta anticristiana de todas las demás sectas, y de todos los demás errores.

Esos documentos, venerados de la Iglesia, son los que me han servido de guia al poner, casi temblando, el pie en el jardín místico de los libros sagrados; para descubrir enteramente la obra tenebrosa, que la secta anticristiana está realizando en nuestros dias. En esos libros, he encontrado el origen de la secta y la historia de los destinos providenciales que Dios le ha señalado, porque, aquí abajo, todo está dirigido por Dios, hasta las devastaciones que, con permission suya, causan sus enemigos.

El hombre, por el abuso de su libre arbitrio, tiene la facultad de perderse, pero no tiene el poder de rasgar la tela admirable que la providencia de Dios va tejendo con los sucesos del mundo. En todos esos sucesos hay una voluntad expresa de Dios, ó una permission suya; un acto de la misericordia del cielo, ó una obra de la justicia divina. Satanás coopera con Dios al cumplimiento de sus miras providenciales, porque es el servidor del Altísimo; lo mismo que las demás criaturas salidas de sus manos.

La obra principal de Satanás consiste, desde algun tiempo, en hacerse olvidar de los hombres: sabe muy bien, que si los hombres le dejan obrar sin reconocerle, y sin ni siquiera tratar de evitarle, llegará á ser dueño del género humano, porque la existencia de Satanás es una contra prueba de la existencia de Dios. Nadie pierde da

vista el infierno, sin que, al mismo tiempo, se aleje algo del paraíso.

Lucifer, arrojado del cielo, ha intentado siempre—como lo he demostrado en mi *Historia de la secta anticristiana*, y como volveré a demostrarlo en los artículos que he prometido—asociar, á su actividad, al género humano, en su obra de suprema venganza contra el Eterno.

Sin una secta ó sinagoga asociada á las venganzas de Lucifer, que conserve el depósito de ciertas tradiciones bíblicas, las falsee y corrompa: sin una secta, que con el engaño y la seducción empuje al género humano hácia un objeto, que no le permite entrever; sería imposible á los hombres, regenerados con la sangre de Jesucristo, y que gozan del beneficio de la revelación, llevar el abuso del libre arbitrio, hasta el extremo de perder toda noción del Criador del universo, y de creer, que la felicidad del linaje humano consiste, en arreglarse un estado social en rebelión abierta contra Dios. Esta sinagoga tiene su gerarquía; cuyo lugar más elevado ocupa Satanás, á quien ella invoca, á quien interroga y sirve. Sin embargo, esfuerzase de continuo á persuadir á los hombres, que Satanás no existe, que el orden sobrenatural es una invención de la Iglesia; y que la satisfacción completa de todas las pasiones es el objeto á que debemos aspirar si queremos conseguir una felicidad perfecta.

Las densas sombras en que, con sumo gusto, se sepulta la secta, y la oscuridad de ciertos pasajes de nuestros libros inspirados, impidieron á nuestros mayores hacer un estudio completo de esta Sinagoga de Satanás. Pero los comentarés, los Padres, toda la Iglesia, ha creído siempre, que las páginas inspiradas han á conocer su tesoro, á medida que tenemos de él necesidad. Es evidente, que importaba poco á la salvación de los individuos, y á la salvación de la sociedad, contemplar de lleno la horrible fisonomía de la sinagoga, en tanto, que ésta se ocultaba en sus antros, y no influía en los destinos de las naciones cristianas. Pero las cosas han variado de aspecto en nuestro siglo, como todo el mundo puede justificarlo: por eso la misericordia de Dios levanta el sello, que había puesto sobre cierta página de la revelación.

Persuadido, como lo estoy, de que importa muchísimo á la Iglesia y al mundo cris-

tiano, el conocer esas páginas, en las que se puede leer claramente la grande epopeya final de la lucha del ángel caído, contra su Criador, y seguir sus fases á través de los acontecimientos de la historia contemporánea, he escrito mi *Historia de la Secta Anticristiana*, y me dedico á defender las verdades que ella contiene. Me alienta en esta lucha la convicción de que estoy en la verdad, y la aploración de un respetable número de lectores de todas las clases sociales, á los cuales he hecho participar de mis convicciones.

Nada más natural, que yo trate de hacer penetrar esas convicciones—pues las creo indispensables para sacudir el yugo de la sinagoga de Satanás y reconstruir el orden social cristiano—en el espíritu de los varones, á quienes Dios ha dado las virtudes y los talentos necesarios para generalizarlas, difundirlas y hacerlas fructificar. Por esos varones no son mis adversarios, como mi digno correlpondal lo supone: son, al contrario, amigos, que se han consagrado al triunfo de la verdad, y que nada desdeñan tanto como el ser convencidos.

Es, pues, su triunfo el que me propongo, y no el mío. Mi humilde misión se reduce á recoger piedras, con las cuales armen su honda, esa honda, que mis débiles manos no sabrían manejar. Es necesaria toda la fuerza de esos nuevos Davidés, cuyo socorro invoco, para derribar el gigante Goliat, que se adelanta hácia nosotros, profiriendo palabras de blasfemia y amenaza, contra el orden social cristiano.

JUAN ESTEBAN CAMILLE.

### OTRO INCIDENTE SOBRE LA MISMA CUESTION.

Scáme permitido manifestar públicamente mi agradecimiento al autor de la carta puesta á continuación de estas líneas, por el libro que me ha remitido, y por el apoyo que ha venido á prestar á mis ideas, sobre la secta anticristiana. Por más que Satanás se revuelva, se agite, tienda lazos, turbe los ánimos y fomenté las disensiones entre sus adversarios, para tener asido al mundo entre sus uñas; Dios es más poderoso que él; y con la ayuda de Jesucristo, á quien yo in-

voco de todo corazón, y bajo la égida de su Vicario, que marcha á nuestro frente, contra los adeptos de las Logias, me lisonjeo de llegar al término de mis trabajos sobre la secta—trabajos que de nuevo y sin descansar voy á emprender—y conseguir, al fin, plena luz sobre sus misterios.

J. E. de C.

Señor J. E. de Camille,

Director del *Journal de Florence*

Muy señor mío; tengo el honor de conocer por vuestras obras, esto es, por vuestros escritos; pues, dice Nuestro Señor Jesucristo, por sus obras se dan á conocer los hombres.

Permitidme, por lo tanto, remitiros un pequeño libro, que no dudo os llamará la atención, puesto que contiene algunas noticias acerca de las doctrinas de la secta maldita.

El *quod tibi fieri non vis alteri ne feceris*, de que la secta se pavonea en este libro, es otra de las perdidas con que ella suele ocultar la naturaleza demoníaca de sus misterios. Por otra parte, el principio moral es tan sencillo en su sublimidad, y por tanto tiempo ignorado, que se impone á todas las inteligencias, que no es necesario estar iniciado en los misterios de Isis, ó de cualquiera otro demonio, para poder apreciarlo debidamente.

Este libro (leed lo que de él he escrito en la primera página) lo compré para inutilizarlo, juntamente con otros muchos libros—pero cuando iba á verificarlo, advertí la utilidad de la edición (Lyon 1552, *apud Joann. Tomasiun*), y se me ocurrió al instante, que podría seros de alguna utilidad en la defensa del pleito, que habéis incoado contra las sociedades secretas.

Recibido, os ruego, con la sencillez enteramente evangélica con que yo os lo ofrezco.

Si; el gran secreto masónico, secreto, que, con la GRACIA DE DIOS, he arrebatado á la secta, hélo aquí:

CONTINUACION DE LOS ANTIGUOS MISTERIOS... *evocaciones de los demonios* (convertidos por los hermanos en dioses)... culto "tributado á esos dioses"....

Este secreto, presentado después de largos estudios (yo nací en la herejía, y mi conversión data de diez años) me fué revelado,

cuando todavía era yo laico, en Vevay (Suiza) hace algunos años, por un Gran Maestro. Viendo que yo no me dejaba cojer por los medios ordinarios, y creyendo, *finalmente*, obtener una conquista, me dijo: *M. B....., nosotros continuamos los antiguos misterios, de.... de.... de Osiris.....*

El dicho gran Maestro, según sus propias confesiones, ha muerto recientemente, dejando una fortuna de 300,000 francos, al menos, después de haberme preguntado repetidas veces, si podría yo indicarle algún remedio para combatir una idea fija, que le asediaba incesantemente: *la de ahogarse*.—Tal es la suerte de muchos sectarios, y causa de no pocos suicidios.

Esa confesión, no es la única que he recibido: muchas otras, por el mismo estilo, explican, con evidencia, el origen de los odios suscitados por nuestros apóstatas contra la Santa Iglesia Romana, y me decía, pocos días há, uno de los sectarios: *el Dios de los cristianos, es un Dios intolerante... No hay odio alguno, que no tenga necesidad de justificarse; ahora bien; el odio de los sectarios proviene, de que la Santa Escritura condena, persigue, exorcesa y arroja los demonios, que, dioses tolerantes*, les enseñan, de qué manera pueden llegar á conseguir la satisfacción de sus concupiscencias, condenadas por el Evangelio.

Soy, en los santos corazones de Jesus, de Maria y de José, querido señor, vuestro humilde y respetuoso servidor,

A. B. presbitero.

A., 15 de diciembre, 1874.

### MONSEÑOR MANNING,

ACLAMADO PRESIDENTE DE UNA ASAMBLEA

POPULAR.

El 10 de Octubre de 1874, figurará como fecha memorable, y recuerdo de un acit del arzobispo de Westminster, Monseñor Manning; acto, que en cualquiera otro país, hubiese asombrado, pero que en Inglaterra se considera como una cosa muy natural. En virtud de una ley antiquísima, no pueden reunirse asambleas, ó meetings, á menos de

dos millas de distancia del lugar, donde reside el Parlamento: ahora bien; Hyde Park, uno de esos jardines públicos, que son como los ventiladores de la gran ciudad, presenta, en su parte más elevada, dominando el palacio de la Reina, y el de Westminster, en el cual se reúnen las Cámaras, una inmensa llanura, con tales condiciones, que dos ó trescientos mil hombres no producen en ella más efecto, que el del reino de Holanda en el mapa de Europa. Además, una hilera de viejos árboles, dispuestos de manera, que puedan servir de estrado á los oradores, porque no se permite abrir hoyos ni arrancar nada en los parques, todo esto, ha contribuido á que eligiera ese paraje la población de Londres como su Monte-Aventino.

En vano se pretendió, hace unos quince años, prohibir las asambleas en dicho punto: sin ruido, sin tumulto, el pueblo consiguió reunirse allí, á pesar de todas las oposiciones. Inútilmente se cerraron las puertas: en el interior, la policía á pie y á caballo, estaba dispuesta para combatir la rebeldía, contando, además, con el auxilio de los granaderos de la reina, ocultos en un cuartel situado en el centro del parque; mientras que la guardia á caballo (*horse guards*), formada en su cuartel, situado á la extremidad opuesta del parque, con los caballos ensillados, solo aguardaba la orden de ataque. El pueblo, empero, en vez de asaltar las puertas, con lo cual hubiera violado la ley, formó un cordon al rededor del parque, y empujando el enverjado que lo circuye, y empujando el enverjado que lo circuye, con un impulso uniforme y continuo, pronto cedió la baranda de hierro; y penetrando entonces tranquilamente en el parque, abriendo por todas partes, se posesionó otra vez de su lugar favorito, mientras que la policía, impotente ante aquella oleada humana, estrechada en todos sentidos, aparentando no apercebirse siquiera de su presencia, tomó el partido, más prudente; el de retirarse en silencio.

En esa llanura, pues, es en donde los cantores de salmos, y los predicadores al aire libre, se instalan el domingo, en sillas, llamando la atención de los que en ella se pasean, á quienes reciben, según la disposición de ánimo de cada uno, con sonrisas ó con encogerse de hombros, ó arrojándoles corazones de manzanas, y, aún, á veces, piedras, obligándoles de esta suerte á despegar más que de prisa el sitio. A la izquierda,

pues, de esos árboles seculares, tuvieron lugar los tempestuosos meetings, que precedieron á la reforma electoral. Bajo esos mismos árboles resonaron las palabras de rebelion y de impiedad de los Odger y de los Bradlaugh; y en ese mismo lugar Monseñor Manning acudió el sábado, 10 de Octubre, á presidir un meeting popular. Para explicar la presencia de un arzobispo católico en semejante lugar, en pleno día, es necesario referir la historia de los motivos que provocaron esta asamblea.

Los hospitales de Londres son numerosísimos, pues cada uno de los cuarteles, en que está dividida la ciudad posee muchos de esos establecimientos, sin contar con los destinados á especialidades. El gobierno no se opone á la fundación de ninguno de ellos; pero á los que se fundan por la iniciativa particular, no les auxilia en nada. Deja obrar, y nada más. Si prosperan, tanto mejor; pero si han de cerrar sus puertas hospitalarias, tanto peor para ellos, y para los infelices albergados. Ahora bien, el número de esos establecimientos, fundados por personas caritativas, más animadas de buenas intenciones, que provistas de dinero, acaban frecuentemente por caer á cargo del público, el cual, más ó menos pronto, se cansa de subvenir á sus incesantes demandas.

Fuera de algunos hospitales, tales como los de Guy, de Santo Tomás, etc., que poseen rentas considerables, el mayor número de dichos establecimientos particulares, se jelan miserablemente, y no pueden sostenerse sino á costa de grandes esfuerzos por parte de los administradores, y de un celo á toda prueba por parte de los médicos que los asisten. Un esiado de cosas tan precario, no podía dejar de llamar la atención de algunas personas caritativas. El año último, se reunió una comisión para tratar de los medios con que remediar tal penuria; y como el lord maire accediese á cooperar á una empresa tan laudable, aún cuando procediese de iniciativa particular, las sesiones de la comisión tuvieron lugar en Mansion-House, residencia oficial del primer magistrado de la *Ciudad*, que, por este mismo hecho, se revistieron de cierto carácter semi-oficial.

Monseñor Manning se interesó personalmente en este movimiento, con todo el ardor de su caritativo celo, sin cuidarse del origen ó la aplicación de las obras de cari-

dad. Así es, que se distinguió, desde luego, por su asiduidad en asistir á las reuniones de la comisión, la cual, después de muchas sesiones, decidió, que cada año se elegiría un domingo, en el que se haría en todos los templos, iglesias ó capillas de toda religión ó secta, una colecta en beneficio de todos los hospitales indistintamente, practicando otro tanto los judíos un sábado. El resultado fué sumamente satisfactorio, habiéndose repetido este año con no menos fortuna.

Por otra parte, algunas personas, mirando la cuestión bajo otro aspecto, opinaron, que los obreros, como más interesados en la conservación de los hospitales, puesto que ellos eran los que más inmediatamente los necesitaban, debían, por esta razón, soportar también las cargas, si no en su totalidad, á lo menos, en parte. Ahora bien; cobrando los obreros el salario los sábados, proponían elegir este día para practicar la colecta en los talleres, fundando, de ésta suerte, la nueva comisión, el *Saturday Hospital*, al lado de la del *Sunday Hospital*, ya existente. En vano se trató de reunir las dos comisiones en una sola; cada una de ellas se obstinó en su primitiva resolución.

Monseñor Manning había sido uno de los más ardientes adversarios de la nueva comisión, porque, á su juicio, debía perjudicar notablemente los trabajos de la comisión primitiva; pero, luego reflexionando detenidamente sobre el particular, después de haber oído las razones alegadas por los recién-venidos, se convenció, al fin, de que, próximamente, un millón de personas de la clase obrera, las cuales nunca ponían los pies en ninguna casa de oración, podrían, por el medio que proponían los opositores, dando cada uno solamente un penny, reunirse unos cien mil francos; suma importante, que de modo alguno era de despreciar. Así es, que se separó de sus antiguos colegas, y se declaró en pró de la comisión del *Saturday Hospital*.

Esta última comisión, determinó convocar para el día 10, sábado anterior al fijado para la colecta (17), un meeting general de la clase obrera, para explicarle el motivo de la cuestión, nombre, por unanimidad, presidente al venerable Arzobispo de Westminster, y manifestarle su agradecimiento por el apoyo que había prestado á su causa. El día señalado para el meeting, vieronse, cosa

extraña, todas las calles de Londres, materialmente invadidas por personas, que llevaban en las manos anuncios, indicando la hora del meeting, y de que sería presidido por el Arzobispo de Westminster, cuyas tres palabras estaban impresas con caracteres de dos pulgadas de alto. He aquí, pues, que este mismo título, proscrito, algunos pocos meses há, y, hoy, meramente tolerado, se fijaba audazmente en los parajes más públicos de la metrópoli, en su inmensa mayoría protestante, y era distribuido profusamente por personas, la mayor parte protestantes también, sin que la opinion pública se moviese en lo más mínimo por tan alta novedad.

Desde las tres de la tarde, oíase por todas partes los sonidos de tambores y de músicas. Procedía todo ese bullicio de las diversas clases obreras, que se dirigían al lugar citado para la reunión, con banderas y música al frente. Las asociaciones católicas llevaban igualmente las imágenes de los santos, bajo cuya invocación se han establecido. Así es, que los tenderos y almaceneros de Londres, contemplaban, estupefactos, las conmovedoras imágenes de la Sma. Virgen y del Niño Jesús, de San José, y de San Patricio, en mayor número que las demás, y tantas otras, que una tiranía de tres siglos, había desterrado enteramente de su vista. Pero lo que más asombraba, era, ver al frente de cada sociedad una especie de catafalco, cubierto con una tela encarnada, en la cual se leía en grandes caracteres blancos: *Saturday Hospital*.

La razón de llevar esa especie de parihuelas pronto fué conocida. A medida que iban llegando al grupo de árboles, que, en recuerdo de los antiguos meetings allí celebrados, se les llama *Reformer's Trees*, (árboles de los reformadores), los portadores las dejaban en tierra, las quitaban la tela que las cubría y las colocaban las unas junto á las otras, ó las sobreponían luego de manera, que formasen un estrado, sin quebrantar la ley, pues, como he dicho antes, está prohibido cavar ó deteriorar, de cualquier manera que sea, lo que existe en los parques. Desde el instante en que estuvo erigido el estrado, las banderas fueron colocadas á su rededor, en el lugar más prominente; y en el centro se colocó la imagen de la Santísima Virgen con su divino Hijo en los brazos, perteneciente á una sociedad católica,

de templanza, establecida cerca de la Torre de Londres, bajo la dirección de los Reverendos PP. Oblatos de María Inmaculada.

La muchedumbre, que había acudido de todos los puntos de la metrópoli, especialmente para asistir al meeting, ascendía á unas veinticinco mil personas, sin contar con los curiosos, que se aproximaban, escuchaban un momento á los oradores, luego, cansados, se alejaban. Una gran parte de ese número habían hecho seis ó siete millas (de 10 á 12 kilómetros) después de haber trabajado toda la mañana, y aun, me decía un Irlandés, que se hallaba á mi lado, nosotros, los Católicos, hubiéramos asistido en mucho mayor número, si hubiésemos salido más pronto la hora del meeting.

Cuando se presentó el Arzobispo, acompañado de muchas personas distinguidas, miembros de la comisión, y en cuyo número, el eminente Prelado no contó, que figurase sino un solo sacerdote, fué recibido con una salva de aplausos y de hurras. Se saludaba en él al apóstol, que había constantemente tomado parte en las discusiones acerca de los hospitales, y que, repetidas veces, había predicado, para acudir en auxilio de los establecimientos de este género, sin fijarse en la religión de los pacientes, que á ellos se acogían.

Estableció el silencio. Monseñor Manning tomó la palabra, y habló, á poca diferencia, en estos términos:

El objeto de nuestra reunión es, buscar el medio de llenar un vacío deplorable, y completar la obra empezada por los fundadores del *Sunday Hospital*. Vergüenza y escándalo, á la vez, da, el considerar con sangre fría, que los hospitales de la metrópoli, no sean sostenidos, como debieran serlo. Por experiencia propia puedo decir, que se poseen ya algunos terrenos, y no es posible levantarse edificios en ellos, por falta de recursos; en otros, se han añadido nuevas habitaciones á las antiguas, y no es posible amueblarlas; otras están amuebladas, y no pueden recibir enfermos, por falta de medicamentos, ó de dinero para pagar á los médicos. Algunos, en fin, tienen que negarse á recibir enfermos, á pesar de tener camas vacías, siempre por falta de recursos.

Con un solo sueldo, que dieran semanalmente todas las familias de obreros, bastaría á crear para los hospitales una renta fija,

mientras la ley no les conceda alguna subvención. Pasando luego á la estadística, ha dicho el eminente Prelado, que todos los hospitales reunidos de Londres, no podían contener más de unos 30,000 enfermos, y que aun, calculando las entradas y las salidas en un periodo dado, ese número era muy inferior al del guarismo de las enfermedades, producidas anualmente. El término medio de la mortalidad, añadido, puede fijarse en 60,000; y de este número, ¿cuántos y cuántos no han podido recibir los auxilios de la medicina!

La ley provee á las necesidades de los pobres, enviándolos á los *workhouses*, sostenidos con la cuota para los pobres; pero los obreros no pueden contar sino con el hospital en el caso de enfermedad, donde son curados ó cuidados, sin gastos ó gravámenes para sus familias. A los obreros, pues, principalmente, corresponde acudir en auxilio de estos establecimientos; y por haberlo así el eminente prelado comprendido, se ha apresurado á asociarse al *Saturday Hospital*, destinado, á su juicio, á completar el *Sunday Hospital*. Los obreros, en su lucha constante para atender á las necesidades de la vida, tienen que exponerse á todas las temperaturas, así al frío glacial del invierno, como al calor abrasador del verano, contrayendo enfermedades, que provienen principalmente de los cambios atmosféricos. Además, los obreros son los que más que nadie están expuestos á accidentes de todo género. Aquí, habiendo dicho el Arzobispo, que había oído de algunas personas la opinión, de que los hospitales debían ser sostenidos únicamente por los obreros; de todas partes la multitud prorumpió en gritos. Si, sí; No, no.

«Vosotros decís, sí, y no, repuso el Arzobispo, con su calma imperturbable. Pues bien; yo participo de ambas opiniones;» excitando naturalmente con esta singular respuesta la hilaridad general. Demostró entonces, que un obrero, que hubiese hasta aquí mantenido á su familia con su trabajo, podía acontecer, que, de repente, enfermase una mujer y sus hijos, y ocasionarle gastos muy superiores al producto de su jornal: «¿y podrá permitirse, que ese laborioso obrero, consuma su salud y sus ahorros, sin que nadie acuda en su auxilio?» «No, ha continuado diciendo el eminente orador; y he aquí el motivo porque el obrero, mientras es ro-

busto y goza de perfecta salud, debe contribuir al sostenimiento de los hospitales, donde sus hermanos en el trabajo, ó los miembros de sus respectivas familias, encuentren siempre un asilo abierto cuando enfermen, ó en el caso de cualquier accidente desgraciado.

El ilustre Arzobispo ha continuado; diciendo, que él no consideraba á los obreros como capitalistas; pero, que, sin embargo, cuando un obrero gozaba de salud y de robustez, y era algo hábil en su profesión, poseía, en verdad, un capital suficiente, de que nadie podía privarle sino la Providencia, ó su mala conducta. En ambos casos, continuó diciendo, necesita el auxilio ajeno, al cual tiene derecho, si, durante el tiempo que ha podido trabajar há ido depositando en la arquilla de los hospitales su pequeño obolo. Ha añadido, que podían haberse visto en aquel mismo lugar meetings muy mucho más numerosos; pero ha retado á que pudiera citarse uno solo, en el cual los ánimos hayan estado más de acuerdo para un objeto de utilidad común.

Estoy mirando, ha exclamado el orador, las banderas y estandartes, que representan una gran parte de las asociaciones que llenan la capital; me lisonjeo, empero, de que verá mayor número de ellas el año próximo venidero, porque el meeting de hoy, no es más que la inauguración de una serie de meetings. Finalmente, ha dicho, al terminar su discurso: «no den los obreros, por concluida su tarea, cuando contribuyan, en el día designado, con su cuota correspondiente; es preciso, además, que cada vez que fueren tentados á hacer un gasto inútil, ó perjudicial quizá á su salud del alma y del cuerpo, resistan, y expien el mal pensamiento, depositando un penny siquiera, en una de las arquillas, que, con el rúlo de *Saturday Hospital* van á ser colocadas en todos los cuarteles de Londres. De este modo aprenderán los primeros rudimentos de economía, al mismo tiempo, que practicarán una obra buena.»

Muchos oradores sucedieron al Arzobispo. El meeting, durante el cual no ocurrió ni siquiera la menor apariencia de desorden, se disolvió, después de haber acordado un voto de gracias al ilustre presidente, repetido por la muchedumbre con los mas entusiastas aplausos. A estas horas, me consta, que la suma recogida ha excedido de mu-

cho las esperanzas concebidas, puesto que asciende á la de ciento y algunos miles de francos.

(*Revue Catholique*, de Lovaina, 13 de Diciembre 1871.)

## DISCURSO DE MONSEÑOR MANNING, SOBRE LA INSTRUCCION.

El jueves siguiente al día del meeting, de que nos hemos ocupado en el artículo anterior; se abrió la Universidad católica de Londres. Por la mañana, el Arzobispo de Westminster, monseñor Manning, celebró el santo sacrificio de la Misa en la capilla privada del Rector, asistiendo á ella los profesores, ayudantes, y diez y siete alumnos, todos en traje académico. Después de la Misa, el Rector hizo en manos del Arzobispo su profesión de fé, recitando el Credo del Papa Pío IV, y prestó su juramento de obediencia y sumisión á la Santa Sede.

Entonces monseñor Manning pronunció un discurso notabilísimo, cuyo resumen es el siguiente:

«No pensaba esta mañana, al venir aquí, dirigiros la palabra sobre el motivo que nos reúne; así, no me había preparado. Pero, por indicaciones de algunos, y por sugerencias de mi propio corazón, no quiero dejar pasar este acto sin hacer algunas reflexiones á vos, mi querido amigo, á los profesores, y á los estudiantes; reflexiones, que me sugiere la inauguración de este Colegio. Vos, querido Rector, habeis sido escogido por el Episcopado de Inglaterra para presidir esta Universidad católica, en consideración de las grandes cualidades que sabe que poseéis. Animado con muchas esperanzas, y confiado en vuestra habilidad y energía, aguarda, sin desconfianza, el feliz resultado de esta empresa, que por muchos años le ha preocupado.

Es la obra, que corona sus proyectos sobre la educación; la clave del arco, que, durante tanto tiempo, ha estado edificando, y cuyos cimientos estriban en la fé y en la razón. No necesito describir la magnitud de la empresa, que está ante vuestra vista, con

respecto á la educacion. La instruccion de los seculares católicos, ya pobres, ya ricos, era muy defectuosa. La de los primeros, sin embargo, ocupó el primer lugar en sus cuidados, y procuró atender á sus más urgentes necesidades. Pero, cuando yo éstas ya satisfechas, decidí consagrar su atención á la cultura de las clases más elevadas, y para realizarlo, busqué una persona á quien confiar esta gran tarea; y ahora creo, que ha acertado en su eleccion. Sobré este punto, no necesito decir más, y solo añadiré, que confío en el buen éxito de vuestros esfuerzos, y que el Colegio de la Universidad Católica, que empieza tan humildemente, se elevará pronto en la estimacion del público, quien le prestará aquella ayuda y patrocinio que tan necesarios son, para mantener permanente la vitalidad de un sistema de educacion.

Á esas personas, que han venido á emplear sus dotes intelectuales en el sacerdocio de la enseñanza, y á consagrar su madura inteligencia y profundos conocimientos para el progreso de la verdad católica, solo necesito decirles, que están amontonando tesoros, de que nadie puede despojarles: ni aun en esta virtuosa y aplicada vida, cuando reunidos y asociados para un santo y meritorio fin, frecuentemente reciben su recompensa con la tranquilidad del corazon, y con aquella satisfacion, que todo espíritu generoso siente, al ver que sus diligentes esfuerzos son debidamente apreciados por aquellos, cuyos intereses tambien ellos promueven tan eficazmente. ¡Ah!... ¡Cuán peligrosos son esos dones de genio y de ciencia, si sus poseedores renuncian á reconocer una enseñanza más autorizada!

Haec pocos dias, he leído la muerte de un antiguo y querido amigo mio: de uno, que se distinguia, no solo por su instruccion y grandes conocimientos, sino tambien por su piedad y por su tierno corazon. Muy á menudo habia visto, cuando oraba, lleno de emociion, correr las lágrimas por sus juveniles mejillas, y cada facion de su rostro denotaba la pasion que encerraba en su interior. Me prestó algunos libros, que yo creo aumentaron en mi mi amor para con Dios y para con el prójimo.

Pues bien; emprendimos diferente camino de la vida. El, se hizo racionalista, imbuido profunda y extrañamente con la triste seguridad, de que no puede colocarse la fe

en la verdad religiosa, y que, en suma, tal creencia es una ilusion. Al paso que avanzaba en años, su corazon se secaba más, y más, hasta que ha muerto sin esos consuelos, que la Religion solamente puede dar en el lecho de la muerte. Cuando le vi la última vez, habian pasado ya algunos años, desde nuestra anterior separacion, y me entristecí y me espanté, pensando en la ruina de las bellas disposiciones que habian tenido lugar entre tanto. Mas, no pude impedir la catástrofe. El habia tenido á su disposicion todas las ventajas de la instruccion, que vosotros, amigos míos, vais á alcanzar; pero, en su caso, resultaron esteriles y aun destructoras.

¡Qué fortuna es, que estos señores, á quienes me dirijo, estén tan distantes de tal triste situacion de conciencia! ¡Qué consuelo es, ver, que mientras algunos sabios se han pasado al campo de los infieles, otros tambien se han refugiado en el Santuario! No necesito decir, cuán agradecidos deben estar los católicos á vosotros, señores, por vuestra ayuda en la presente empresa con toda clase de donativos.

No abrigo duda alguna, que esta institucion prosperará, ayudada por tales medios, y que en su prosperidad hallaréis gran consuelo y recompensa.

Á vosotros, jóvenes amigos, que os estais ahora preparando para la batalla de la vida, deseo que os imbuais de la importancia de los estudios que vais á empezar. Estos estudios los reclaman, no solo vuestra inteligencia é interes propio, sino tambien vuestra conciencia. Un estudiante holgazán es una persona sin conciencia. Pierde el tiempo y las ocasiones que se le presentan, para hacerse con un manantial de satisfacciones y provecho para sí y para sus amigos; pero el prefero dejarse subyugar por la merced del momento, mejor que adquirir lo que puede redundar en su perpetuo bienestar, y aun en su felicidad. Una buena enseñanza general es de gran utilidad, no solo por la instruccion que se adquiere, sino tambien, y muy especialmente, por su influencia disciplinaria. Da hábitos de atencion, de profunda observancia y exactitud, que, de otra manera, es difícil de obtener. Yo ahora me lamento, de que desconocia estas importantes verdades en los primeros años de mi vida. Comprendo lo mucho mejor que hubiera educado mi inteligencia, si hubiera proseguido

## IMPORTA PRESERVAR LA JUVENTUD DE LA ENSEÑANZA DE LA SECTA ANTICRISTIANA.

Nos escriben de Roma:

Preservar la juventud del contacto y de las manchas de la secta, es uno de los mayores cuidados del pontificado. Si la secta llegara á apoderarse de la generacion nueva, y á formarla, segun las ideas llamadas modernas, todo estaria perdido; nuestra esperanza quedaria enteramente defraudada, y no tendríamos otro recurso, que encerrarnos en una especie de resignacion desconcertadora, y esperar el momento en que la Iglesia marchase á otras comarcas, y viniese al suelo la sociedad, que esa misma Iglesia ha fundado entre nosotros.

En ese terrope, pues, de la enseñanza, es donde la lucha está llamada á revestirse del más enérgico carácter. La secta quiere la juventud para sí; pues sabe, que, sin la juventud, su triunfo seria pasajero. Pero la Iglesia, que es su madre, defiende, y defenderá siempre á los hijos, que Dios le ha dado; la Iglesia cumple y cumplirá su mision, con la solicitud, la ternura, los ardores constantes y apasionados de una madre, y de una madre divina.

En Roma, la lucha es naturalmente más acentuada que en otras partes, y la secta tendrá que hacer desesperados esfuerzos para obtener algunas ventajas. No hay hombre honrado y amante de sus deberes, sobre todo, de los que le impone el cariño de padre, que quiera para sus hijos la enseñanza del estado ó de la secta—lo que es lo mismo. Hasta los israelitas, cuya Universidad pereció, se quejan, porque sus hijos se corrompen en las escuelas comunistas, en donde aprenden á despreciar el mandamiento de Dios: *Honra á tu padre y á tu madre.*

He aquí un hecho: Se nos refiere, que en el liceo, *Emilio-Quirino Visconti* profesor revestido de carácter sacerdotal, carácter indefeible, ya! dijo á sus discípulos:

«Tal como me veis, he sido cuatro años, pensionista del gobierno del Papa... en Corneto (*Corneto es la prision de los sacerdotes*). Pues bien, hablo por experiencia,

guido mis estudios con el celo y la atencion que ahora os recomiendo que adoptéis. La primavera de mi vida ha pasado, pero la guerra está presente. Estais á tiempo: no desperdiciéis, pues, las ventajas; que vuestra juventud, vuestras fuerzas y vuestro porvenir os dan. Educad vuestra inteligencia con toda la importancia que el asunto requiere; y cuando llegéis á intervenir en los áridos problemas de la vida, hallaréis, que un poco de prudente cuidado, sabiamente aplicado en tiempo oportuno, será el manantial que os proporcione provecho seguro. Deseo mucho probaros, bajo un concienzudo punto de vista, los títulos que el estudio tiene para reclamar vuestra atencion.

Vuestra negligencia os acarreará irremediables perjuicios. Por otra parte, como ya os he dicho, rodean por todos lados á la fe y á la moral innumerables peligros. La ruina de la Religion en Francia, durante el último siglo, se debió, no á los argumentos, ni á las declamaciones de los enciclopedistas, y de otros, sino al ridiculo, que sobre ella echaron éstos. Por consiguiente, todos aquellos á quienes ahora me dirijo, deben prepararse para pelear contra el enemigo, y en algunas ocasiones, con sus propias armas. El estudiante ignorante, nunca será capaz de poder hacer esto. ¿No habrá, pues, peligro, de que será una fácil presa para el mofador? Pero ¿qué equivalente le quedará en vida al que abjure de su fe, de su moral? ¡Nada! Por esta razón, así como el primer acto de vuestro Rector, hoy, ha sido hacer la profesion de fe, así vuestro último acto debe ser de igual carácter. Pensad solo del racionalista como un ejemplo que debéis evitar; y mientras que dedicais todo vuestro tiempo y energia al estudio de la literatura y de la ciencia, como debéis hacerlo en conciencia, no os olvidéis de consagrar todas vuestras dotes intelectuales á la causa de la Religion, y subordinarlo todo á vuestra eterna salvacion.

(*Revue catholique*, de Lovaina, 15 de Diciembre 1874.)

creed en Dios, y prescindid de todo lo demás, que solo es un bagaje inútil.»

Y el secularizado es muy superior á otros profesores, que ni siquiera admiten la existencia de Dios, ni pronuncian su santo nombre. Dios está en todas partes, llenando todo, contentiéndolo todo, *in ipso omnia portantur*; pero esos profesores lo deslierran de su enseñanza.

¿Podría no alarmarse la Iglesia, ánte semejante monstruoso estado de cosas, y no esforzarse en rodear con su amor y sus solícitos cuidados á la juventud?

No es necesario reiterar aquí, cuanto ordena el Soberano Pontífice y cuanto practican el clero y los laicos cristianos por la enseñanza de la juventud. Todos lo saben.

Pero quiero citar, para edificación de los lectores del *Journal de Florence*, lo que sucedió en el palacio Altieri, lugar de reunión de los miembros de la sociedad primaria romana de los intereses católicos.

En ese palacio el Emmo. Cardenal Borromeo ofrece la mas amable hospitalidad á la juventud: todos le encuentran siempre lleno de celo, de bondad, de sencillez, de piedad: es el modelo del sacerdote, adornado con la púrpura; del humilde cristiano, en el rango social mas elevado. Un dia, yo le vi, en la capillita de los hermanos de la Misericordia, y en la escuela de la plaza Pia, besar piadosamente los pies de los niños, á los cuales acababa de dar por primera vez el Sacramento de la Eucaristía: este espectáculo me lleno de una emoción y de un respeto indecibles; y ha quedado grabado en mi espíritu como una de las mas dulces visiones.

Ayer tarde, animada multitud de jóvenes llenaban los salones del Cardenal, para celebrar una de esas reuniones llamadas *conversaciones católicas*, que la sociedad de los Intereses Católicos ha establecido.

Un joven tomó la palabra, y con tono natural, refirió, que encontrándose recientemente con un protestante—con un ministro llamado evangélico—éste se permitió atacar á la Iglesia, católica y á nuestra fé; mas no queriendo discutir á solas con él, le invité á exponer públicamente sus quejas, lo que, el ministro aceptó. Después de añadir el joven, que el adversario se hallaba allí, solicitando de la asamblea el permiso para llamarle; otro joven se presentó, diciendo: *heme aquí*; este no era mas que un fingido adversario,

encargado de proponer las objeciones ordinarias de los enemigos de la Iglesia.

La controversia tuvo lugar con un despejo, que ha arrebatado al auditorio y mostrado lo todo lo que habia de flexibilidad, de vigor y de doctrina en ambos jóvenes.

Después, los miembros de la sociedad ejecutaron piezas de música y de canto, y recitaron poesías de circunstancias. El tema de la conversacion academica versó sobre los errores del protestantismo; y la próxima conversacion versará sobre el suicidio. Veanse confundidos con la multitud eminentes personajes eclesiásticos, entre otros, el arzobispo de Westminster.

Abi tenéis, y con esto concluyo, un testimonio, entre muchos otros, que nos consuela y suaviza el dolor, que nos causan las conquistas de la secta. Esta no puede obrar, de ordinario, sino sobre las inteligencias ya preparadas para la corrupcion; pero la Iglesia sabe atraerse las inteligencias puras, y las fortifica, y las dirige en las peñas del Señor, preparando asi una generacion, que la vengará de los ultrajes y de las apostasias del tiempo presente.

E.

#### APERTURA DE UN TEMPLO MASÓNICO EN ROMA.

La *Capitale* de hoy anuncia para fines del mes de diciembre, la apertura de un templo masónico.

He ahí el progreso, dicen los demócratas; he ahí una victoria, dicen los comunistas; todo el mundo es libre de obrar á su gusto, añaden los indiferentes.

Pues bien, nosotros, católicos, diremos á nuestra vez: He ahí la inmoralidad! He ahí una nueva prueba de la inercia, y hasta de la complicidad de los que nos gobiernan! Es preciso ver con cuanta facilidad, cuanta impudencia, y cuanta ironía el periódico, que acabo de citar, anuncia esta apertura.

Comienza así: «Los clericales no sabrán darse paz: á despecho suyo, la masonería prospera.» Después añade, que se ha reconocido la necesidad de un lugar de reunion, en Roma, para la «gran familia masónica», lu-

gar en donde, bajo la inspeccion del «Gran Oriente», podrán, no solo practicar todas las ceremonias del culto, sino comunicarse libremente sus ideas y sus pensamientos «los hermanos y amigos.» Continuando en el mismo tono, entra luego en detalles, y dice: La escasa luz que penetrará á través de los vidrios pintados y deslustrados, dejará la sala en una *penumbra incesante*, y hasta cuando las necesidades y las ceremonias del culto lo requieran, quedará en una *oscuridad completa*.

Lo que hartas veces hemos notado, es la lógica de la *Capitale*. «Siempre; por una ú otra parte, el trapacero se deja coger,» di-

ce el proverbio. El demócrata, que ha escrito las líneas, que acabamos de leer, practica todos los dias, que los hombres son iguales. Sin duda alguna, al formar parte de esa sociedad, de que habla; y sin embargo, comete el absurdo de decir, que en la Sala consagrada al rito, existirá un Taono para el venerable, sillars de distincion para los grandes maestros, etc., etc.; y añade, que solo en el momento del banquete, los hermanos volverán á ser iguales. He ahí una volterva preciosa.

(*Journal de Florence* 5 y 20 de Diciembre 1871.)